

AGENDA CIUDADANA

AMLO

Lorenzo Meyer

No de Cualquier Forma. En Ciudad Juárez, Jorge Castañeda, ex secretario de Relaciones Exteriores y hoy candidato presidencial independiente, declaró que al jefe de gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador (AMLO) --posible candidato del PRD en las próximas elecciones presidenciales y, sobre todo, puntero en las encuestas de opinión--, se le debía ganar “como sea”. Este “como sea” lo justificó Castañeda con un argumento inaceptable: AMLO y su plataforma son “una estafa para el pueblo de México”; por tanto, y para evitar la “estafa”, “[c]reo que hay que ganarles a la buena, a la mala y de todas las maneras posibles” (**Reforma**, 19 de mayo).

Jorge Castañeda se ha distinguido por ser un político imaginativo y que con frecuencia dice lo que piensa de manera más clara que el resto de sus pares. En esta ocasión el ex canciller pareciera manifestar lo que muchos miembros de la clase política, del presidente para abajo, ya están haciendo aunque en público no lo aceptan: intentar poner fin “como sea” a la carrera que AMLO ha emprendido como candidato presidencial. Se trata de evitar que el tabasqueño se presente a las urnas, donde bajo circunstancias que hoy se antojan muy difíciles pero no imposibles, podría convertirse en una alternativa frente a los proyectos de país que tienen los sectores más conservadores de la sociedad mexicana.

Ninguna democracia podría permanecer fiel a su esencia –la protección de la libertad y la práctica de la tolerancia-- si en la contienda política una de las partes echa mano lo mismo de las “buenas” que de las “malas” formas para imponerse sobre sus adversarios. La idea de acabar con una “estafa” no justifica, ni de lejos, el llamado a cruzar la línea que divide a las “buenas” de las “malas” maneras de lograr y mantener el poder. Si

una de las partes logra ganar la presidencia a como de lugar ¿cual sería la diferencia del gobierno que saliera de ese proceso con el régimen autoritario y antidemocrático que dominó a México en el siglo pasado? Las “buenas” maneras de ganar son claras y están escritas, pero las “malas” no. Estas últimas en realidad no tienen límite, y de la difamación, las trampas o el fraude, se puede pasar a la violencia y llegar incluso a la eliminación física del rival para, finalmente, terminar eliminando a la democracia misma.

En las democracias, la lucha política debe ser abierta, a la luz del día, y entre opciones o plataformas políticas realmente diferentes, pues de lo que se trata es de abrir posibilidades distintas de ver al país, a sus potencialidades y limitaciones, a sus problemas y soluciones para, finalmente, permitir que libremente la mayoría elija entre potenciales futuros. Idealmente, se trata de una lucha de proyectos dentro de límites claros, para que sea equitativa y civilizada y no destructiva. Si esos límites no se respetan, entonces la competencia entre líderes, partidos y plataformas deja de ser la fuente primordial de la legitimidad de la autoridad para convertirse justamente en lo opuesto.

De la Sociedad Abierta y sus Enemigos. De la nota periodística citada al inicio del artículo no es posible sacar las razones por las cuales Castañeda se formó la idea de que AMLO constituye una estafa política pero, en cualquier caso, el ex miembro del gabinete de Vicente Fox está esgrimiendo en su contra un argumento muy peligroso por autoritario: ganar a como de lugar. Eso significa abrir la puerta para justificar la ilegalidad y la antidemocracia. La idea de que es posible y útil defender a la democracia cerrándole el camino a ciertas corrientes políticas tiene que hacerse con un cuidado infinito, especialmente en una coyuntura como la mexicana, donde la consolidación de tan complicado sistema de vida política —el democrático— aún está muy lejos de haber alcanzado su consolidación.

El filósofo austriaco que fue hecho caballero por los ingleses, Sir Karl R. Popper, (1902-1994), trató el tema que aquí nos ocupa en uno de sus grandes libros, La sociedad abierta y sus enemigos, (1945). Tras un examen de Platón, Hegel y Marx, el autor concluye que la tolerancia es una característica fundamental de una sociedad democrática. Si esa tolerancia debe de tener límites, éstos sólo se justifican cuando se esté frente a quien actúa movido por el propósito de acabar con la tolerancia. Es lícito en una sociedad libre limitar la libertad de aquellos que buscan acabar con la libertad, pero no a “como sea”, sino de acuerdo a reglas establecidas, dentro del marco de la ley. El ejemplo más conocido de lo que sucede cuando no se detiene a tiempo a un enemigo de la tolerancia y la libertad es el de Hitler. Ese gran demagogo llegó al poder en Alemania por la vía democrática a pesar de haber anunciado en *Mein Kampf* su abierto desprecio por ese régimen político. Como se sabe, una vez nombrado canciller, Hitler maniobró para ser nombrado presidente y, desde ahí, destruyó la débil escalera democrática por la que él había ascendido para transformarse en dictador e incendiar medio mundo. Una legislación contra los enemigos de la sociedad abierta hubiera podido parar a tiempo a Hitler y legalmente.

AMLO ¿Peligro Para la Democracia o Para los Intereses Creados?- A AMLO se le pueden y se le deben reprochar al menos dos fallas graves. La primera, el no haber querido darse cuenta a tiempo de las prácticas corruptas de colaboradores cercanos y luego no haber reconocido abiertamente esa falla, como punto de partida para remediarla. Segundo, aunque ley y justicia no son la misma cosa y muchas veces se contraponen, un jefe de gobierno tiene que cumplir no sólo con su sentido de la justicia sino con la letra de la ley; en cualquier caso, no debe ser desdeñoso de una ley injusta porque abre un gran flanco a sus adversarios. Ahora bien, las fallas anteriores no hacen a AMLO un enemigo de la democracia que deba ser parado a “como sea”.

AMLO ha protestado y organizado movilizaciones populares contra los abusos de PEMEX en Tabasco y contra la forma como Roberto Madrazo se hizo del gobierno en ese estado en 1994, pero tales protestas fueron resultado de la falta de canales democráticos en su momento. De los libros de AMLO, Los primeros pasos: Tabasco 1810-1867, (1984) y Del esplendor a la sombra: la República Restaurada. Tabasco 1867-1876, (1986) se desprende la identificación del autor con quienes lucharon por la independencia o enfrentaron los complejos problemas sociales del aislado estado sureño, pero no un llamado a la acción antidemocrática. En sus libros más recientes, Tabasco, víctima del fraude electoral, (1990) y Fobaproa: expediente abierto, (1999), AMLO denuncia ataques a la democracia y algo que el grueso de los mexicanos siguen considerando como un asalto brutal de unos cuantos a los recursos públicos, asalto maquinado durante el último gobierno del PRI a favor de un puñado de poderosos y que aún no ha sido explicado a cabalidad.

El término que han usado con mayor frecuencia los enemigos políticos de AMLO para describirlo y descalificarlo es el de “populista”, pero sin definir bien lo que se entiende por populismo, sus causas y remedios. En cualquier caso, y aceptando sin conceder que el jefe de gobierno del Distrito Federal sea populista, eso no le convierte automáticamente en una amenaza para la democracia, como tampoco es antidemocrático aquel candidato que se identifique con las causas conservadoras o de la derecha.

El Populismo.- El término populista se acuñó para explicar una política que surgió primero en Rusia, entre los años de los 1870 y los 1880 e inmediatamente después a otra que se desarrolló en Estados Unidos. En Rusia, se trató básicamente de una reacción de intelectuales en contra de las condiciones de indefensión en que se encontraban las masas campesinas. El zar había abolido la servidumbre pero mantenía intacta la estructura de la gran propiedad agrícola en beneficio de la nobleza terrateniente. El lema de quienes

defendían la causa del pueblo o *narod* fue justamente “tierra y libertad”, y propusieron pasar directamente de la condición feudal al comunismo sin cruzar por la etapa capitalista. Los *narodniki* no tuvieron finalmente el apoyo que esperaban y fueron derrotados.

En Estados Unidos, el movimiento populista surgió entre 1880 y 1890 en el sur agrícola y llegó a dar forma a un partido –la Southern Alliance— que contó con 1.2 millones de militantes. Su lucha era contra lo inequitativo de un sistema donde los dados estaban cargados en contra del granjero y del obrero y a favor de banqueros e industriales. Los populistas exigieron una nueva política monetaria (aumentar el circulante acuñando la plata), la creación de bancos populares, un aumento sustantivo a la educación pública –la elemental y la universitaria–, la nacionalización de ferrocarriles, teléfonos y telégrafos más un impuesto progresivo. El objetivo era compaginar el progreso material con la equidad. El *Peoples Party of the USA* o Partido Populista, despertó un enorme temor entre las clases media y alta norteamericanas que hicieron todo lo posible por acabarlo, y lo lograron tras la derrota electoral del candidato populista William Jennings Bryan en 1896. Sin embargo, fue gracias al esfuerzo populista que el presidente Woodrow Wilson lanzó su política de “La Nueva Libertad” en 1913, que buscó desactivar el peligro de la polarización social con un gobierno menos al servicio de los grandes intereses y más cercano al “hombre común”.

Una Estrategia Vieja.- En suma, el populismo no nace de los líderes, sino que éstos son sólo la expresión y el cause del descontento de sectores populares ante lo que se percibe como un sistema económico y social inequitativo, injusto e inmoral.

No es difícil entender que ante una estructura social como la mexicana, donde un grupo relativamente pequeño de familias acumulan riquezas que los ponen en las listas de los acaudalados de *Forbes* no obstante que la economía no crece desde hace 22 años, la derecha –sectores importantes de empresarios, políticos, religiosos y clase media-- se

muestre nerviosa ante la posibilidad de que la campaña electoral del 2006 lleve a movilizar a una parte de quienes desde hace mucho han estado en el lado perdedor. Pero el suponer que eliminar “como sea” de la contienda electoral del 2006 a la izquierda les resuelve el problema, es una simpleza peligrosa pues dañaría seriamente la legitimidad de la frágil democracia mexicana. La derecha haría bien en encaminar su esfuerzo no a eliminar a AMLO antes del 2006 sino a crear una alternativa atractiva para esa parte de México marginada desde siempre de los beneficios de nuestro supuesto desarrollo. Dejar a la izquierda sin candidato viable en el 2006, es empujarle a buscar oportunidades en una arena distinta de la democrática, lo cual conviene a muy pocos.

Antes de que AMLO llegara a la escena mexicana, fue la figura de Cuauhtémoc Cárdenas la que despertó grandes temores entre los poderosos y por la misma razón: ¡el neocardenismo fue declarado populismo! De ahí el apoyo de lo más conservador de México al fraude electoral de 1988, fraude que retrazó innecesariamente la modernización política mexicana. En Brasil, el hoy presidente Luis Inacio Lula da Silva, fue otro caso de miedo de las derechas a la democracia con la excusa del populismo. En efecto, en 1989 el imperio de prensa y televisión de Roberto Marinho hizo todo lo posible por desfigurar a Lula y favorecer a Fernando Collor de Mello. Este último ganó las elecciones pero no pudo o no supo completar su mandato. Finalmente Lula llegó al Palacio de Plan Alto y hasta hoy el resultado de su gestión ha sido mantener un difícil pero necesario equilibrio entre las fuertes demandas populares y las exigencias del gran capital de seguir adelante con la austeridad fiscal, el servicio de la deuda y continuar la integración del MERCOSUR.

En suma, la única manera legítima y eficaz que tienen el gobierno y la derecha de enfrentar efectiva y legítimamente el desafío que les presenta López Obrador, es dejar que sean los ciudadanos mediante el “sufragio efectivo” y no la PGR, el poder legislativo o el

judicial, quienes decidan si el proyecto de AMLO es o no una alternativa deseable. Resolver “el problema”, a “como sea” no es una salida legítima ni viable en el largo plazo, pues no sólo no lo resuelve sino que lo complica y para todos.

P.D. Esta columna se toma dos semanas de descanso.